



**CON UN SUSPIRO
DE VIDA**

Una trayectoria vital

MIGUEL ROMERO CARDIEL

SÍNTESIS

Pedro Ortueta, Pedrito, quiere nacer para vivir una vida, la suya. Al final conmueve a sus padres, y su madre se presta a darle a luz. Crece, estudia y se establece de abogado. Pronto se arruina y vive en la calle durante un tiempo, hasta que una vieja amistad le da cobijo temporalmente.

Gracias a esa ayuda vuelve a su profesión. Se enamora y se enreda. Porque la vida, en cierta manera, es un enredo. Aunque para él fue más que eso, fue un encuentro consigo mismo. Una bocanada de aire. Un suspiro de vida. Hasta que llegó la noche que se volvió exhalación.

Para una dulce costumbre

Edición 1ª, Junio 2017

© Edita**G**

<https://www.facebook.com/rpaeditag>

GYACEM, S.L.

© Roberto Plana Abadia

rplanaa@gmail.com

ISBN: 978-84-697-3103-1

Depósito legal: B-14023-2017

Impresión digital on line:

printcolor.es

Fullcolor Printcolor, S.L.

www.printcolorweb.com

© Diseño de las cubiertas: Xavier Plana Bach

Ilustraciones de portadas e interior:

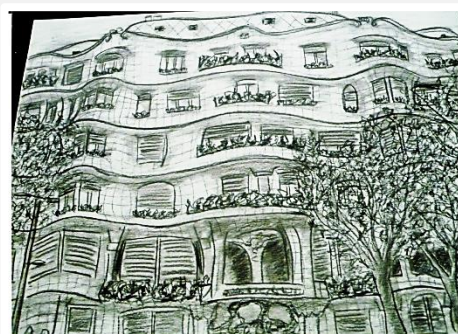
© C. Dolz Ulldemolins

Reservados todos los derechos. No está permitida la reproducción total o parcial de esta publicación por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor.

Impreso en España – Printed in Spain

CON UN SUSPIRO DE VIDA

Una trayectoria vital



MIGUEL ROMERO CARDIEL
<http://miguelromerocardiel.com/>

Edita**G**

Estar loco se dice que es haber perdido la razón. La razón, pero no la verdad, porque hay locos que dicen las verdades que los demás callan por no ser ni racional ni razonable decir las, y por eso se dice que están locos. ¿Y qué es la razón? La razón es aquello en que estamos todos de acuerdo, todos o por lo menos la mayoría. La verdad es otra cosa, la razón es social; la verdad, de ordinario, es completamente individual, personal e incommunicable. La razón nos une y las verdades nos separan.

(Más ahora caigo en la cuenta de que acaso es verdad la que nos une y son las razones las que nos separan. Y de que toda esa turbia filosofía sobre la razón, la verdad y la locura, obedecía a un estado de ánimo de que en momentos de mayor serenidad de espíritu me curo).

Miguel de Unamuno

SINOPSIS

Pedro Ortueta, Pedrito, quiere nacer para vivir una vida, la suya. Al final conmueve a sus padres y su madre se presta a darle a luz. Crece, estudia y se establece de abogado. Pronto se arruina y vive en la calle durante un tiempo hasta que una vieja amistad le da cobijo temporalmente.

Gracias a esa ayuda vuelve a su profesión. Se enamora y se enreda. Porque la vida, en cierta manera, es un enredo. Aunque para él fue más que eso, fue un encuentro consigo mismo. Una bocanada de aire. Un suspiro de vida. Hasta que llegó la noche que se volvió exhalación.

ÍNDICE

	Pág.
SINOPSIS	9
Capítulos	
1. Nacer	13
2. Algo sobre mi vida	19
3. Pedro Ortueta	21
4. La calle	29
5. Próxima estación: Girona	41
6. Anabel Segura	47
7. Un domingo espléndido	69
8. Traslado	73
9. Apartamento nuevo	81
10. La pluma danza	93
11. WhatsApp	101
12. La oferta	105

	Pág.
13. Celos	115
14. Tras los excesos	121
15. En el despacho	133
16. Una tal Nuria Poca	139
17. La proposición	143
18. De nuevo en Barcelona	151
19. Anabel / Barcelona	159
20. Entre dos mundos	171
21. Caminito de Jerez	179
22. Mi conversación conmigo	189
EPILOGO	197

Capítulo 1. Nacer

Recuerdo que en la chimenea de aquella estancia quemaba lentamente un tronco. El calor y el tenue olor a humo que desprendía la flemática combustión transfiguraban aquella parte de la casa en un lugar confortable dónde habitar. Pese a todo estaba casi oscura. Se trataba de una oscuridad extraña. Salpicada a duras penas por un discreto resplandor iridiscente y titubeante. Su halo estaba custodiado por minúsculas y errantes partículas ígneas, rápidas como centellas que, antes de completar sus exiguos y fugaces trayectos, crepitaban con fuerza una tras otra. Para desaparecer poco después consumidas y sabidas observadas por alguien.

El tiempo, una vez más, envolvía a aquel espacio íntimo que parecía estar quieto. Aquella escena representaba un contrapunto a la calidez reinante, y derretida a la vez, por el espectáculo que ofrecía de balde el fuego prendido y el riguroso frío de aquel invierno de 1962.

Fuera, la tenue luz vespertina vejaba un cielo cargado. Blanco y plomizo al mismo tiempo, como el que suele avanzar a una gran nevada. El día anterior, la atmosfera había arrojado de todo: una tenue lluvia primero; después, una espesa nevada que extendió su manto níveo por doquier; para ser más tarde cuando un viento tímido barrera parcialmente aquella blancura que cubría con frialdad la tierra invitando a ramas de

señoriales plataneros a una suerte de danza trascendental, blanca y loca a la vez.

Salió de nuevo el sol con el letargo que envolvía el invierno a aquella Barcelona de ayer. Daba la impresión de que los árboles pretendían barrer, a golpe de rama y hoja seca, un cielo manchado de nubes con su imprevisible oscilación atizada por el ventarrón.

Los susurros y las caricias parecían circular a esas horas de la madrugada por el dormitorio de mis padres sin pensar muy bien los efectos colaterales que podía ocasionar ese prelude. Brasas y llamas solo hacían que azuzarlos y tenderles, a su manera, una pequeña manta invisible a modo de abrigo.

Mis padres se encontraron en un momento de pasión desenfrenada de manera gratuita. Aquella vez se alinearon los astros. Y cuando se alinean, todo suele salir bien. Me engendraron bajo aquella circunstancia. Daba la sensación de que sin importarles demasiado si aquel gesto que derrochaba amor tenía que ver más con el erotismo que con la procreación.

Los ventanales de la estancia, resguardados únicamente por cortinas de hilo de algodón revejidas por el tiempo y quemadas por el sol, se encargaron de filtrar la incipiente luz del amanecer para dar cobijo a la vergüenza de la desnudez envuelta entre sabanas con la esperanza de un día que se estrena. Era domingo. No había porque preocuparse por horarios ni obligaciones.

Nueve meses después:

—¡Marcos! ¡Acabo de romper aguas!

Marcos, mi padre, se desveló del sueño esforzándose por alcanzar la vigilia. La habitación estaba oscura. Se incorporó en la cama desvelado y acongojado a la vez. Nunca había vivido situación semejante.

Mi madre tenía una mano en la mesita de noche tanteando el interruptor de la lámpara. La encendió y se quedó estupefacta al ver una mancha de agua que se extendía por las sábanas.

—¡Ya viene! —dijo él—. Prepárate. Voy a llamar a la comadrona.

Ella se mareó, se le aceleró el pulso y sintió escalofríos.

—¡Tráeme unas toallas! —ordenó sacando fuerzas del espanto— ¡Voy a dejarlo todo empapado! ¿Qué no lo ves?

Mi padre la ayudó a incorporarse y la acompañó al baño.

La comadrona llegó apresurada tras recibir la llamada de mi padre. Los cuatro nos fuimos camino del hospital. Ella no tenía del todo claro poder resolver bien el parto en casa.

Todavía no había nacido cuando exploré por primera vez la voluntad de mi madre en aras de respirar, abrir los ojos, y ver mundo. Fue mi primera reivindicación. Lo demás fueron protestas sin altercados que resaltar. Ella, con dolores de parto pero sin chistar, me abrió a la vida.

Así, sin más, con el tute, el placer y el dolor ajeno vine a la existencia. De este modo es como me apropié de mi vida para vivirla a mí manera. Como si a mis padres no les hubiera costado trabajo engendrarme aquel domingo.

Mi madre abrió con prontitud las puertas del túnel en dónde yo aguardaba cabeza abajo el momento propicio para nacer. Ahora bien, no sé sí por generosidad, por el tierno dolor que le infligía, o por su manera especial de contemplar la vida y de aceptar estoicamente todo lo que de ella se derivaba sin remilgos.

Pero por uno de esos motivos, o por todos a la vez —quién sabe—, vine a la vida. Eso sí, lloré. Y no fue precisamente por la aflicción que conlleva saberte en un medio hostil, sino más bien para persuadir mi primer aliento dirigido a sobrevivir.

Por fin lo hice por uno de esos actos reflejos que nos otorga la naturaleza. Y aprendí que en cierta manera el mundo apesta a algo. Que no huele muy bien me refiero.

Ante mi fría llegada —la sala de partos estaba helada— no lo pensé ni un segundo. Intenté retroceder hacia el interior del útero materno. No hubo manera, no pudo ser. Tiraban de mi cabeza hacia fuera. Lo pasé muy mal. Pero ahí descubrí que hay cosas que no tienen remedio, y que cuando tomas una decisión es difícil cambiarla. Sus consecuencias suelen acompañarte toda la vida. Mira si es así que aún sobrevivo.

Sin pensarlo dos veces, la comadrona me cortó el único vínculo físico que me unía a mi madre. Solté un llanto en ese preciso instante. ¡Respiraba! ¡Vivía! Pero estaba asustado. ¡Tan seguro que estaba en su útero!

Desde entonces le estoy agradecido. Pero no en la misma medida a la comadrona que asistió mi parto. Aún, a mi edad, llevo la marca que me dejó en el pescuezo. Esa parte de mi

anatomía se me irrita fácilmente, sobre todo al peinarme o al ir al barbero.

Me asieron por las piernas y me pusieron boca abajo en la sala de partos como a un ave de corral colgada en una polle-ría. Aquí no acabó mi suplicio. Recibí unos azotes en las nalgas hasta que sucedió el primer llanto.

Tuve contacto con la primera lección de vida: que el dolor existía y que no me era ajeno. Aprendí esa máxima tan *fashion: no pain, no gain*. Cuando se lo ocasioné a mi madre —me refiero al dolor—, no lo vi así. Era ajeno. Por eso apreté tanto y me rebelé. De haber conocido el alcance de aquella tortura infligida sin consciencia hubiera contado hasta tres. Y hasta cuatro sí hubiera hecho falta.

Sin perder mi inescrutable expresión advenediza y acostado sobre una camita, agitaba mis pequeños brazos y piernas como si quisiera agarrarme a cualquier cosa.

Me hallaba cubierto por una pequeña sábana hasta poco más arriba de la cintura.

Pero lo que resultó de todo aquello es que la vida me agarró a mí. Empecé a palpar la piel que pertenecían a unas manos grandes que me eran ajenas.

Tan confuso me encontraba con mis cábalas y pendiente de la conversación de los que había dentro de aquella sala aséptica, vestidos con largas batas, con mi madre y conmigo, que pese a no entender nada de lo que decían de pronto sentí hambre y eché a llorar.

Mí llanto fue suficiente señal para que me acercaran al pecho de mi progenitora que se encargó de amantarme a mogollón. Fue mi primer banquete. No lo recordaré nunca, pero así me lo explicaron. Lo doy por cierto.

¿No quieres caldo? Pues dos tazas. De nuevo me volvieron a poner boca abajo. Esta vez ante la pila bautismal. Como un pollo, pero más crecido y sin alas. Que no por falta de ángel en lo que sería mi personalidad.

No hubo azotes en mis nalgas esta vez. Pero si muchos ojos observándome. El agua bendita corría sobre mi cabeza. ¡Uf, cuanto espanto me costó ganarme mi nombre!

Me pusieron Pedro cuando me bautizaron, aunque mi familia primero, y mis amistades más tarde, se empeñaron en llamarme *Pedrito*.

Capítulo 2. Algo sobre mi vida

Ahora, desde la distancia, a toro pasado me refiero, no le supe encontrar la gracia a venir a vivir a pesar de que fui yo, sino el promotor de todo este enredo, si el responsable de querer asomar mi cabeza a este extraño mundo. Y no porque me inspirara vivir lo que relataré, sino porque en ese preciso instante empezaba la cuenta atrás para aproximarme a lo que sería mi obsolescencia. A lo que sería mi vejez me refiero.

Era grave pensar en que un día mis pies irían por delante de mí. Rígido y estirado. Pálido y frío a la vez. Vaya, todo un fiambre. A eso que yo llamo único destino cierto. Empiezo a descontar el tiempo que me ha sido adjudicado. Conocía de sobras como eran los difuntos, había visto a mis abuelos.

“¿Quieres ver el regalo de tu cumpleaños?” me preguntaban mis padres con insistente alegría cada año. Yo, ilusionado, asentía. Como si no tuviera suficiente con ese tiempo regalado que tenía entre manos y que dejaba escapar tras cada golpe de experiencia.

No fue hasta los dieciséis años cuando empecé a adquirir conciencia de que la vida no se andaba con chiquitas y que el tiempo se me consumía a la vez de que unos míseros pelos comenzaban a poblar mi cuerpo. Pero a despecho de esa adversa coyuntura que acabo de exponer, crecía.

Las cosas no fueron ni mucho menos como esperaba, pero mentiría si dijera que fueron diferentes.

Total, que de tanto oír que había nacido para las letras y después de sufrir un aburrido bachillerato, un no menos centrado COU, y haber obtenido unos resultados académicos un tanto escuálidos para lo que a las asignaturas científicas se refiere, me lo creí y me decanté por matricularme en la Facultad de Derecho, más acorde con mi perfil.

Mis tiempos de universitario coincidieron con momentos de democracia y auge económico.

Mi vida como estudiante no tiene nada de particular por sí sola. Más bien yo la tildaría de vulgar, excepto si consideramos mí excesiva afición por la barra fija del bar de la facultad y mis salidas de tono defendiendo cualquier cosa que tuviera que ver con política y sobre aspectos de esa materia. Tan conocido llegué a ser que siempre me tenían reservado un espacio en la barra, justo al lado del reservado a los profesores en el bar de la facultad. No me fuera a enfadar.

Sigo. Acabé mis estudios sin pena ni gloria. Con ellos mis constantes devaneos desde segundo curso con algunas chicas de la clase y otras que no lo eran. Más tarde ingresé en un despacho de abogados de Barcelona y acabé fundando el mío por mera carambola: bufete Ortueta, al cabo de tres años de práctica en el Sugrañas. El caso es que al morir su fundador y único socio dónde empecé a practicar mí profesión me pude hacer con parte de su clientela después de enterrarlo. Así es cómo fundé el que fue mío. Lo cierto es que me funcionó durante algunos años.

Capítulo 3. Pedro Ortueta

Yo, Pedro Ortueta, con bastantes más años a cuestas, flirteando con los cuarenta y muy pocos para ser ciertos, ya había dilapidado media existencia pensando en qué hacer. Siempre me había salido con la mía. Vaya que me había buscado bien la vida. Y ahora no encontraba salida alguna a la ratonera en dónde me encontraba. Escapar de ese escenario ingrato cercenaba mis ánimos y me llevaba a cargar las tintas contra todo. Me dije: “no deberías haber tenido tanta prisa en nacer”.

Álvaro Sanz Torres, amigo de la infancia me regaló una colleja en el cogote recién afeitado por el barbero del barrio al saludarme un día en la calle hace ya algunos años. Le sonreí, aunque no me faltaron ganas de propinarle un guantazo. Nada sabía de mi nueva realidad y mí mal humor. Llevaba con discreción mi situación y mí estado de ánimo. No era muy dado a explicar mis penas.

Álvaro, primero fue compañero de bachillerato. Después, cuando cursábamos nuestros estudios en la facultad de Derecho, incluso buenos amigos.

Como colegas habíamos sido rivales y habíamos pugnado por conseguir llevar la defensa legal de un mismo caso. No lo clasifico de adversario. Doy por cierto que él tampoco lo haría conmigo. Nos teníamos aprecio y sabíamos perfectamente

quién éramos. Un sentimiento de caballerosidad habitaba en nuestro interior. Quizá éramos humanos. Pero el caso es que al verlo en la calle fui incapaz de explicarle mis circunstancias del momento. Tal vez por qué no tenía un plan de contingencias o por vergüenza. O más bien por no querer representar una carga o responsabilidad para él, pues me había quedado sin blanca, sin bufete y sin trabajo. Tal como vine al mundo, pero con menos vida por delante y un nada despreciable pasado.

En cualquier caso le mentí cuando se interesó por mi vida y en cierta manera eso me incomodó. Pero fue la decisión que tomé en ese instante. Por un lado me arrepiento, le mentí. Por otro, creo que tomé la decisión correcta, no le preocupé.

Juan María Asensio, *Juanma* para los más allegados, era un artista con las tijeras y la maquinilla de afeitar. De vez en cuando también se empleaba con la navaja al estilo más clásico. Aunque el resultado era otro. ¿O sería que ese instrumento era más difícil de asumir por mi delicada piel? Supongo que producto de no cambiar la cuchilla después de cada corte por el mero hecho de ahorrar. Él no lo decía explícitamente. Pero infundía sospecha. El resultado era que mi piel quedaba irritada.

“¡Qué el negocio no da para tanto!”. “Vamos haciendo”, respondía cada vez que me mostraba interesado por la marcha de su día a día. Ello por si solo podría explicar lo de las cuchillas perfectamente. “Había que ahorrar”, pensé yo que se justificaría.

Bien, al tajo. Relataba que su navaja irritaba mi nuca. Doy por cierto la precariedad del filo de la cuchilla se llevaba por delante primero mi pelo, y en el segundo viaje, ya de vuelta, parte de mi delicada dermis. Total, que después de la faena el límite de mi cuero cabelludo tomaba el mismo color que el de un clavel reventón. Por lo menos durante el tiempo que empleaba en llegar hasta mi casa. Allí me aplicaba crema hidratante, de esa con la que se embadurnan las mujeres y algunos hombres el cutis, para suavizarla y rebajar su color encarnado. Siempre he confiado en esos remedios caseros que solemos tener a mano y que nutren, en mi caso, la piel más enervada, además de calmar el escozor. La irritación de esa zona de mi anatomía solía durar un par o tres de días, no más con esos cuidados. Era el gravamen que conllevaba no avisarlo a tiempo con un: *“Juanma, por favor, no utilices la navaja”*.

Era extremadamente cansino. Cada vez que lo visitaba le debía de recordar que no se empleara a fondo con la navaja en mí pescuezo. Pero como decía, a la mínima que me despistaba: ¡zas!, me desollaba la piel de la nuca.

Desde que tenía uso de razón los apellidados barberos primero, renombrados peluqueros más tarde y ahora llamados estilistas, se ensañan especialmente con esa parte. Todavía ahora hay predilección por esa zona de la anatomía humana: el pescuezo. Aún me pregunto hoy el por qué. Tal vez sea de corte agradecido la nuca. Ve tú a saber.

Si me acordaba a tiempo para protestar por la presencia de ese instrumento cortante que blandía en su mano demasiado a menudo, con el que se podría rebanar un cuello de un único corte —me estoy refiriendo a la navaja—, empezaba a largar

de París a la que me descuidaba. Supongo que con el propósito de disuadir mi aversión hacia ese objeto cortante.

Juanma estuvo allá hace años, por lo que contaba, con la que era su segunda esposa, Ana María Luna, *Anamari* para él, después de un sonado divorcio que tuvo con la primera, una tal María Méndez, madrileña, por un lío de faldas de esos que echan *patrás* y que no explico porque no viene a cuento.

Las malas lenguas dicen que la sedujo con un viaje a París para contraer de nuevo matrimonio, aunque esta vez civil, a sabiendas de que él era un tarambana de vida algo bohemia por su desmedido gusto por el género opuesto, fueran altas o bajas, morenas o rubias, de generosa pechuga o menos dotadas, gordas o flacas, humildes o ricas.

Por lo visto, ese viaje —pues que yo sepa no hubo otro— debió resultarle muy provechoso. Casi iniciático a mi modo de ver, porque siempre acababa explicándome la misma excursión. Eso sí, repleta de connotaciones románticas para el colega.

“¿Sabes, Pedro?, cuando estuve en París en un viaje con mí *Anamari* me pregunté por qué hablaban una lengua, aunque semejante, tan diferente a la nuestra. Una de las cosas que más me chocó es la manera de pronunciar tan rara que tienen de la erre; lo hacen a modo de ge...”

La paliza que me largaba el *pavo* me hacía olvidar todo lo que tenía que ver con la navaja, el cuello y la consiguiente irritación. Hasta que un día, de tanto que tentó la suerte —no sé si expresamente o por despiste— decidí cambiar la barbería llamada “Las tijeras de oro”, en donde ejercía *Juanma*, por

una peluquería fina. Con nombre y apellido de todo un estilista, Arnault Girendoux. Duró poco. Hasta que se llevó mi cartera, mejor dicho: lo que la nutría. Los documentos siguen en mi poder. Tanto fue así que decidí probar una de mi barrio, cerca de mi casa, que no es *chicha ni limoná*. Vaya, de quiero y no puedo. Harina de otro costal. Pero lo cierto es que aún la frecuento. No tanto como quisiera. No por falta de tiempo, sino más bien por todo lo contrario: acababa de cerrar mi bufete de abogado penalista, me sobraba. ¿La causa? Pues que mis clientes, poco acomodados unos, y ratas otros, fueron adquiriendo paulatinamente el mal hábito de dejar impagadas mis minutas profesionales. Supongo que creyendo que los servicios que desempeñaba para defenderlos de sus fechorías eran de abogado de oficio, me refiero a que eran gratuitos, o a mi más que sobrada bondad. No es nuevo que el hábito no hace siempre al monje.

Me quedé sin blanca. Las deudas me apretaban, así que tuve que vender mi piso de la calle Trafalgar. El que tantos sacrificios había costado comprar a mi abuela paterna que en paz descansa. Que no a mí. A mí no me costó nada. Sólo tuve que hacer una pequeña triquiñuela para ahorrarme pagar derechos sucesorios cuando me fue transmitida por voluntad expresa suya en un acto *intervivos*. Aunque bajo algo de presión mía, eso sí. Lo reconozco.

Las pertenencias se las llevó por cuatro perras uno de esos anticuarios que tiene un chiringuito muy cerca de la confluencia de calle Valencia con avenida Meridiana. ¿Dónde las iba a colocar si no?

No supe defenderme mejor de quienes pretendieron con acierto vaciarme de todas mis posesiones, incluido el dinero que tenía ahorrado en una cuenta de Bankia. Un banco que tuvo que costear el erario público por la precaria gestión de su presidente. Eso sí, él cobró por el trabajo “bien” hecho. Una prueba más de que vivo en un país tan demócrata como irresponsable.

A lo que iba, el dinero que saqué con la liquidación de mis pertenencias y mis ahorros, que tanto me habían costado amasar, me alcanzaron justo para pagar a los de la Agencia Tributaria, lo que debía a Seguridad Social y las indemnizaciones de mis pocos empleados; así como lo que debía de los recibos de luz, agua y teléfono. Mi deuda quedó finiquitada. Yo, plumado.

De esta manera tan simple, tan surrealista, y de la noche a la mañana, es cómo conocí la calle y me avine a sus servidumbres. Cabreado más que disgustado, sí. Pero contento de haber llegado donde llegué tan alto un día. Todo y teniendo un origen humilde. “Eso tenía mérito”, me animaba. Es lo que hoy se llama *ascensor social*.

Ahora bien, el batacazo al bajar fue de armas tomar. Más que *acelerao*, diría yo. Por lo general se asciende *piano piano*, pero se baja rápido, pero qué muy rápido. ¡A saco, Paco! A día de hoy todavía no estoy recuperado de la sacudida.

Con lo que recogía en la parroquia del barrio me servía para comer caliente una vez al día en uno de esos bares de menú. Procurarme la cena era otra cosa. Solían ser frías, de contenedor. Ya me entiendes. Desayunaba en un albergue dónde

también podía asearme y cambiarme de ropa. Dormía allí mismo si me espabilaba lo suficiente para agenciarme una plaza aunque fuera a costa de encararme con alguien. La calle era fría y hasta cierto punto peligrosa debido a algún que otro desalmado que habitualmente pretendía divertirse a costa de los que nada tienen, o simplemente humillarte para resarcirse de sus complejos.

Capítulo 4. La calle

Hacía días que no llovía y que el raso resultaba, hasta cierto punto, llevadero. No hacía todavía frío y las estrellas no molestaban. Pero me dolían las magulladuras que acumulaba mi cuerpo. Recuerdos de alguna tangana con la que me vi envuelto por disputar un lugar dónde dormir en el albergue. Zarandeado por el dolor, y llevado por mi andar lastrado por la humedad de Barcelona, me llegué hasta la estación de Francia. Allí me daría un respiro y una cabezadita. ¡Que nunca viene mal! Al fin y al cabo me encontraba solo allí.

Pero la madrugada del día siguiente llovía y estaba en la calle. Mirándolo bien ambas cosas son incompatibles, o al menos muy incómodas si se dan a la vez y encima las tienes que soportar. De sobras conocemos que los males no vienen solos. Así que con los pies en remojo y mis cabellos húmedos es cómo me percaté de que me encontraba de verdad en la puñetera *rue*.

La lluvia dejó de caer pero mis zapatos estaban empapados. El calzado de símil piel anegado elevaba el peso de mis pies. Hasta el extremo de convertir mis pasos en pesados, torpes, e inseguros.

Estaba de nuevo en la calle después de haber dormitado un poco en un cajero. Me dirigí hacia la plaza de *Sants* al despertarme.

El sol no había salido todavía. El contraste que producía la luz de las farolas con la espesa oscuridad de la noche ponía de manifiesto que volvería a llover copiosamente.

Dentro de un hangar de la estación tomé asiento en un banco que había junto a la vía nº 2. Me descalcé, me quité los calcetines, y cuando estuve seguro de que nadie me espiaba, los escurrí. Luego, así los zapatos por la punta y los coloqué boca abajo para vaciarlos del agua que contenían. El material sintético con el que estaban manufacturados no permitía evacuar el agua retenida en su interior.

Con los pies desnudos reposando sobre las baldosas del suelo me di cuenta del frío que hacía. Los recogí con las manos y los calenté. Adiviné unas incipientes llagas en las plantas de mis pies. Seguramente culpa de la imitación a piel que me encasquetaron en aquel bazar chino llamado Río Amarillo en donde los adquirí. Aunque me parecieron *fetén* al comprarlos a aquel menda de piel amarilla y de pequeños ojos rasgados que posiblemente todavía lo regenta.

Vete aquí cómo descubrí que aquel ciudadano amarillo me enredó y me dio gato por liebre. No me engañó como a un chino, sino que un chino me embaucó y me colocó, al parecer, una calidad dudosa. Y eso que pagué en metálico, no con una simple tarjeta de crédito hecha de material barato, como todo lo que venden allí.

No había lugar para lamentos. El caso ahora ya no tenía remedio. Estaba cerrado desde el momento que dejé la plata en el mostrador y me devolvieron el cambio.